



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## Amable invitación a la unidad que hace vivir

Exposición del Mensajero del Eterno

**L**a unidad es el programa básico en todo el universo y es manifiesto en todas las creaciones divinas. Tan pronto como no es vivida la unidad, surgen toda clase de trastornos; entonces la enfermedad y la muerte empiezan su obra. La unidad debe realizarse en nuestro cuerpo, alrededor de nosotros, con nuestro prójimo, en nuestra familia, y en todos los dominios. Cuando no hay la unidad, faltan la bendición y la vida, que es lo esencial.

Nunca cómo hoy habíamos sido tan maravillosamente; instruidos para comprender la utilidad de las enseñanzas que nos son dadas y que son saludables para todos los que desean seguirlos. La unidad es esencial en los cielos y en la tierra. Actualmente en la tierra es la completa desunión en la familia, y aun en él individuo. Pues nuestro cuerpo es regido por la ley universal, mientras que nuestro cerebro es guiado por el espíritu del adversario, lo que engendra sin duda la desunión.

El cerebro del hombre es guiado por el egoísmo, esta ley infernal que el adversario ha instaurado en la tierra y que da horribles resultados. A veces es entre regocijos que un ser pierde la vida. Cuántas veces ha ocurrido que en una familia han organizado una gran fiesta, y durante la misma uno de sus miembros sufre cruelmente, y a veces es arrebatado por la muerte. Es así como a menudo terminan las manifestaciones de alegría en la pobre humanidad.

Hoy tenemos la dicha de poder interesarnos en la magnífica obra empezada por el Hijo muy amado de Dios, seguida por su pequeño rebaño y el Ejército de Dios, la cual el Eterno desea ver realizarse en la tierra. Sus colaboradores realizan: "Cristo en nosotros, la esperanza de gloria", que es el programa divino. Es un gozo inmenso poder colaborar útilmente en la Obra de Dios. Entonces la maravillosa gracia divina nos unifica cada vez más con estas cosas tan maravillosamente establecidas, como lo menciona el *Libro de Memoria*.

*El Mensaje a la Humanidad* muestra la obra del Eterno en la tierra, mientras que las religiones no han mostrado nada. Ellas no nos han explicado nada ni nos han ayudado a comprender lo que es el pecado, ni lo que representa la ilegalidad. Tampoco han enseñado la absoluta necesidad de reformar el carácter; al contrario, han mostrado toda clase de cosas que el Eterno nunca ha enseñado ni tenido en su pensamiento. El resultado ha sido la confusión y la desgracia.

No hace falta ser muy inteligente para discernir que la cristiandad actual no es el Reino de Dios; pues en este último no hay llantos, sufrimientos, enfermedades ni muerte. Todo esto es eliminado por completo, y es precisa-

mente la abolición de estos sufrimientos lo que manifiesta ahora el establecimiento del Reino. La prueba de que los seres humanos forman actualmente el reino del adversario, es que entre ellos hay sufrimientos, lágrimas, clamores, disputas, cosas que son totalmente extrañas al Reino de Dios.

En la escuela del adversario los seres humanos adquieren hábitos, y un carácter a causa de sus padecimientos, lo que importa, para que puedan salir de su situación desgraciada, es que cambien de carácter. Tan pronto como empiecen a reformarlo, el setenta por ciento de sus trastornos y enfermedades desaparecerán. Es bueno ahondar bien en esta verdad; pues conviene saber que la causa de las enfermedades de los seres humanos proviene de la ilegalidad en que viven.

Para sanar hay que reformar el carácter. Pues incluso si el Señor nos curase instantáneamente todas las dolencias de que estamos afligidos, esto no reformaría nuestro carácter; por consiguiente estaríamos nuevamente expuestos a otros trastornos, puesto que las enfermedades son únicamente el resultado del carácter adquirido. Sería como alguien que estaría destruyéndose, y a quien salváramos para que no perdiera la vida. Como con su carácter empezaría de nuevo a destruirse, sería un nunca acabar.

Por consiguiente, es el carácter que procura a los Seres humanos tantos males y sufrimientos y que los lleva a la tumba. No sólo en una casa de reconciliación nos podemos curar, sino viviendo la legalidad. Sobre todo es adoptando espiritualmente el régimen que consiste en vigilar nuestros pensamientos, y no dejar penetrar en nuestro cerebro cosas sucias e ilegales. Digamos que el noventa y cinco por ciento de los que asisten a las reuniones no comprenden gran cosa de la verdad, porque si la comprendieran bien, se ocuparían con más diligencia de la reforma de su carácter.

Actualmente, el Señor quiere sanar completamente a toda la humanidad. Esto requiere que cada uno pase por ciertas experiencias y lecciones, beneficiándose de la ayuda y del socorro divino, a fin de que el carácter pueda ser transformado, porque de él proviene la enfermedad de la humanidad.

Cuando examinamos lo que ocurre en el seno de la familia de la fe, nos sentimos verdaderamente estupefactos de ver todo lo que todavía se practica en ella, después de todas las enseñanzas y de todas las instrucciones dadas. Se absorbe aún toda clase de cosas ilegales en el dominio espiritual. En estas condiciones no es asombroso que haya tantos enfermos en el

pueblo de Dios, lo que no da el buen testimonio que convendría.

Es necesario que las personas del mundo puedan notar una diferencia visible entre su propia situación y la familia de la fe, y si no la ven, no les sirve de nada visitarnos, si encuentran los mismos sufrimientos, dificultades, y el mismo ambiente que entre ellos.

La condición fundamental es cambiar de carácter. Primeramente es menester que nos pongamos de acuerdo con nosotros mismos. Como lo sabemos, nuestro cuerpo está sometido a la ley universal; cada órgano funciona para el bien de todo el cuerpo, y realiza así una maravillosa unidad.

El hígado no envidia las funciones del estómago, ni éste las del corazón; cada uno tiene su ministerio y lo cumple puntualmente. Es así como se realiza la maravillosa armonía que forma la unidad. Tampoco los pies desean ser las manos; las manos tienen la función de servir, los ojos la de ver, los oídos de oír. Es la unidad que produce la armonía en todo el cuerpo. Sólo nuestra mentalidad está en desacuerdo con el resto del organismo, porque somos egoístas.

Por consiguiente, al ser egoístas, no podemos comprender la unidad. Si no fuéramos personas tan hondamente egoístas, comprenderíamos muy bien la utilidad indispensable de la unidad y reaccionaríamos inmediatamente a su favor; lucharíamos contra nuestros hábitos y no nos dejaríamos nunca distraer por toda clase de pensamientos y de palabras que parecen justas y buenas y nunca nos daría la impresión de ser menospreciados, puestos a un lado o de no haber sido bastante honrados. Todo esto es sin fundamento.

Lo seguro es que es imposible causar daño a un hijo de Dios, puesto que todo concurre para bien de los que le aman. Todo lo que pudieran hacer contra ellos sólo les serviría de bendición, con tal que aceptaran las pruebas con fe y confianza. El Señor suple todas las dificultades en su sabiduría, su benevolencia y su inefable gracia, que da en cualquier circunstancia un espléndido resultado.

Experimentamos una gran alegría al ver el resultado de la unidad. A mí me agrada vivir mucho mejor la legalidad. Puesto que en el funcionamiento de los órganos de mi cuerpo existe la unidad, la quisiera adaptar a todos mis pensamientos y sentimientos, a cuanto se halla en mi corazón; pues así yo estaría de acuerdo con la ley divina que quiere que todo exista para el bien de otro y que todas las cosas se armonicen entre sí. La bendición muestra a los que se acercan al Mensaje que el espíritu de Dios obra de un modo amable, afectuoso

y demostrativo. Los que escuchan la Palabra de Dios tienen así toda facilidad, sobre todo si son sensibles, para recibir en su corazón el testimonio traído en las asambleas.

Los testimonios que dio nuestro querido Salvador eran magníficos. En primer lugar, tenemos la manifestación que dio a unos pescadores del mar de Galilea; cuando el Señor les dijo que echasen la red a cierto lado, hicieron una pesca maravillosa, después de haber pescado toda la noche en vano. El testimonio del Señor prueba naturalmente un poder superior. Los que padecían enfermedades, y sufrían en su cuerpo o en su alma, recibían un alivio inmediato al venir al Señor. Habrían tenido que sentirse conmovidos, pero la mayor parte no fueron agradecidos.

Actualmente el Señor quiere quitar todos nuestros males y sanarnos definitivamente. Como hemos podido darnos cuenta a menudo, la curación no es verdadera ni completa si no hay la reforma del carácter en la escuela de nuestro querido Salvador. Es inútil esperar un resultado duradero sin pasar por esta escuela.

Esto yo mismo lo experimenté. Una vez oré por un enfermo, y éste resultó curado. En efecto, el poder de Dios no es hoy inferior al que tenía en el pasado; pero ¿De qué ha servido su curación, puesto que el que fue sanado no está entre nosotros? De momento, él y sus padres sintieron mucha gratitud por el alivio, pero ésta no duró y la curación fue sólo momentánea; no sé dónde está el que sané, siguió el camino del mundo.

Lo más esencial, pues, es cambiar de carácter, y de delincuentes que éramos, venir a ser bienhechores. Todos los seres humanos son malhechores, porque viven como egoístas. ¿Y quién no es egoísta en este mundo? Si uno no vive como egoísta, es pisoteado, puesto a un lado, le quitan lo que tiene y lo despojan. Pero el que se acerca a la luz y se pone bajo la protección divina, el Eterno lo rodea de su gracia, le concede su bendición a profusión, lo que sustituye todo al céntuplo.

Este camino maravilloso nos enseña a no permanecer egoístas que mueren sin excepción; todos los egoístas serán confundidos, sean ricos o pobres, y privados de la vida, porque el salario del pecado – o de la ilegalidad – es la muerte. Por consiguiente, podemos darnos cuenta de que ningún egoísta, ningún delincuente, o malhechor, tiene vida en sí mismo. El apóstol Juan dice que la prueba de que hemos pasado de la muerte a la vida esta en que amamos a los hermanos.

Respecto a mí, con todo el trabajo que me está asignado y del que estoy profundamente agradecido, hace mucho tiempo que me hubiera gastado como una vestidura vieja, si el espíritu de la gracia no me restaurase cada día y me conservase la juventud. Es el poder de la gracia divina que ejerce en mí su acción maravillosa. Si podemos mostrar resultados en este sentido, el mundo puede creer.

Cuando el mundo vea el resultado que da la unidad, querrá también escoger la mejor parte y andar en este camino bendito, y es más fácil ahora. Antes sólo éramos teóricos, aunque ya habíamos puesto ciertas cosas en práctica; por eso el Señor pudo confiarnos otras luces más poderosas. Nos mostró las cosas con una perfecta nitidez y nos dio finalmente la ley universal para que pudiéramos revelarla a toda la humanidad.

He aquí lo que es ofrecido a todos, pero cada uno por su parte debe pasar por la hilera de las diferentes fases que se le presenten. Pues

en general es cuando los hombres se sienten en la desgracia que son más aptos para recibir el testimonio del amor divino.

La Biblia dice: "Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados". ¿Por qué están afligidos? Porque sienten su miseria al haber pasado por el duelo, la decepción y el dolor. Muchos entre aquellos que oyen la voz amable del Salvador, diciendo: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados", se quedan poco tiempo bajo la acción del consuelo de la gracia divina, porque se dejan de nuevo coger por el adversario y pronto se olvidan de todas las benevolencias divinas.

Tenemos una lección en la historia de los diez leprosos sanados, uno solo vino a dar las gracias. Sin embargo, la lepra es una enfermedad espantosa, los que la tienen se pudren vivos. Nos imaginamos cuán inmensa hubiera debido ser la gratitud de los que habían sido librados de esta horrible enfermedad.

No obstante, tan pronto como fueron curados, se olvidaron de la terrible situación de que habían sido sacados; uno solo tuvo la idea de agradecer a su bienhechor y Salvador. ¿De qué, pues, les sirvió la curación? Siguieron con los principios egoístas del adversario y no pudieron disfrutar de la bendición del Eterno al formar en su corazón nuevos sentimientos, con el propósito de ser a su vez bienhechores.

La gratitud es un sentimiento legal que procura la felicidad al que la cultiva, mientras que la ingratitud produce el descontento, el sufrimiento y destruye al hombre; pero la gratitud lo hace vivir. Hay aun mucha ingratitud entre nosotros. Yo mismo deploro toda mi falta de gratitud. Debemos examinarnos, porque ser ingrato es tener una mentalidad de malhechores, y éstos no entrarán en el Reino de Dios, ni heredarán la vida eterna.

Nos dejamos aún entretener por toda clase de cosas, de sentimientos religiosos, y no alcanzamos las maravillosas gracias divinas que reforman nuestro corazón y permiten ser un bienhechor que obra por amor al bien. ¡Cuánto me regocija hacer el bien! Las autoridades actualmente en la tierra impiden hacer el bien; cuando se preconiza la bondad, la concordia, el amor y la benevolencia, ellas se oponen inmediatamente. Los que más resisten son las gentes religiosas.

A nuestro querido Salvador, que dio entre los seres humanos la manifestación del amor divino, la de la curación y del consuelo, se le opusieron las autoridades, especialmente los líderes religiosos de su tiempo. Hoyes aún la misma repetición, nada ha cambiado. Nosotros tenemos también una mentalidad semejante a la de esas gentes, por el hecho de que hemos sido educados en el mundo. Toca a nosotros, pues, reformar nuestro carácter.

Queremos hacer lo necesario, para que nuestra luz alumbrase al mundo, a fin de que sea librado de la desgracia, de los sufrimientos, de las lágrimas y de la muerte. Un hombre enfermo, que tiene el deseo sincero de reformar su carácter, está mucho más cerca de la verdad y de la salvación que uno con buena salud que vive en la ilegalidad, el cual puede ser segado por la muerte de un día al otro, por no estar bajo la protección del Eterno.

Un enfermo que quiere reformar su carácter, puede lograr la curación de una manera segura, por la gracia divina que ejerce su acción de vida en él. Todo depende de la reforma de su corazón. ¡Cuántas lecciones tenemos que

aprender para realizar el maravilloso programa divino! Cuando reformamos nuestro carácter, nos unimos. Debemos estar profundamente agradecidos de conocer la verdad y de tener claramente trazado el camino que lleva a la felicidad y a la vida.

La reforma del carácter, para llegar a ser un bienhechor, es lo esencial. Sólo los benefactores pueden existir de una manera duradera en la tierra. Esforcémonos, pues, en seguir el glorioso programa que nos ha sido mostrado por nuestro querido Salvador. Así seremos bondadosos que dispensan el consuelo, la curación y que se revelan como hijos de Dios a la humanidad que gime y muere.

Los que viven en la ilegalidad son infelices, y el adversario los engaña con toda clase de quimeras. Como la Biblia lo declara, el dios de este mundo les sirve una piedra en lugar de un pedazo de pan. Son pobres abusados entre sus manos, y cuando se han hecho viejos, los manda a la tumba como un vestido gastado que se tira con desprecio.

¡Qué maravillosa ocasión tenemos ahora de poder colaborar en una obra inefable que permanece, y cuyos resultados podemos tocar con el dedo! Por eso no debemos ser teóricos, sino prácticos, deseosos de vivir el magnífico programa divino que nos es dado con tanta benevolencia por nuestro buen Padre celestial y por nuestro querido Salvador.

Lo esencial es vivir el renunciamiento para desembarazarnos de nuestro carácter egoísta. A un egoísta no le agrada renunciar, y sólo lo hace cuando se ve obligado; pero el adversario se encarga de hacerlo renunciar por fuerza, mientras que nuestro querido Salvador no obliga a nadie. En su escuela el renunciamiento es libre, y su oveja conoce la voz del buen Pastor y la sigue. El renunciamiento vivido sinceramente ayuda al prójimo. Es maravilloso pensar que con nuestra conducta podemos sacar a la pobre humanidad de su situación desesperada, darle esperanza, consuelo, y mostrarle el buen camino.

Queremos, pues, vivir de todo corazón este magnífico programa: "Cristo en nosotros, la esperanza de gloria". Viviremos así como el Hijo muy amado de Dios; existiremos siempre para el bien de los que nos rodean, les traeremos el aceite de consuelo y de benevolencia, para que su corazón se afirme en la gracia divina y sientan aliento para seguir adelante. Es así como realizaremos el ministerio de bienhechores y que viviremos la unidad que el Maestro recomienda a sus queridos discípulos como prueba de su respeto y de su amor.



### Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Estamos unidos con nosotros mismos por medio de la práctica de la Ley universal?
2. ¿Consiste nuestra felicidad en honrar al Eterno, viviendo sus instrucciones?
3. ¿Vivimos la unidad, y compensamos los defectos de nuestro prójimo?
4. ¿Nos ha dado ya resultados benditos la unidad que procuramos vivir?
5. ¿Queremos seguir desunidos con la obra del Señor, o ser valientes para renunciar y conformarnos con ella?
6. ¿Hemos sentido alegría al vivir la unidad y somos así un elemento de vida?